



## XVII.

### EN LAS INDIAS.

1683-1695.

Opiniones emitidas acerca de los flibusteros. — Dañado objeto que tuvieron. — Nuevos jefes piratas. — Saquean á Veracruz. — Incendian á Campeche. — Naufragio de galeones. — Un criollo aprovechado. — Expedición de Cavalier de la Salle al Mississipi. — Fracasa. — Reconócese con este motivo la costa y se funda el presidio de Panzacola. — Ofensiva española. — Sorpresa de Petit-Goave. — Toma y destrucción del Guarico. — La defensa de los flibusteros no corresponde á su fama. — Nueva jornada en unión de escuadra inglesa. — Se arrasan los fuertes de Cabo Francés y Port-de-Paix. — Trofeos tomados. — Juicios de la campaña.



Los que, deseosos de conocer lo ocurrido en las Indias durante el periodo de la guerra europea, acuden á los libros escritos en Francia, verán con frase uniforme y concepto casi idéntico ensalzadas las empresas de los flibusteros y atenuadas sus atrocidades, á favor de la idea, mucho antes emitida por Isabel Tudor y Oliverio Cromwell, según va dicho, de ser la piratería que fomentaban castigo de la Providencia á los excesos de los conquistadores de América.

Por rareza algún autor insinúa que los más notables aventureros «*personas honradas*, á impulsos del sentimiento de justicia, abandonaron los hogares propios *para vengar á Europa de la insolente prepotencia de España*»<sup>1</sup>; en general no

<sup>1</sup> Mr. P. Cristian, *Histoire des pirates et corsaires de l'Océan et de la Méditerranée*. París, 1853.



tratan de investigar causas, sino de referir con complacencia efectos, inspirándose en las relaciones de Oexmelin y de Ravenau de Lussan, que por piratas de nota deben sin duda estimarse escritores verídicos y hombres de conciencia.

Cuentan, pues, que los españoles temblaban á su vista, arrojaban las armas sin aliento para defenderse, y así, con una simple barca se hacían los filibusteros señores de los grandes galeones *cargados de millones de pesos* <sup>1</sup>.

La verdad es que desde la promulgación de las Ordenanzas de corso había cambiado bastante el aspecto de los asuntos americanos; que las piraguas en la mar y las milicias en tierra obligaron á los filibusteros á reunirse en número y fuerza para las expediciones, y que éstas disminuyeron por consiguiente.

A los antiguos jefes, muertos ó retirados, habían sustituido Grammont; el noble Grammont, según Mr. Guérin, «hombre que poseía el arte de cautivar, de arrebatadora elocuencia, de gracia y distinción en las formas, de brillante valor, héroe é idolo de los filibusteros franceses». Van Horn, natural de Ostende, pero á quien el referido Mr. Guérin reivindica para su patria sin que nadie le dispute la gloria de posesión. Lo-

<sup>1</sup> Se distingue entre los historiadores aludidos el que por otros conceptos he citado repetidamente. Mr. León Guérin: las proezas *des Frères de la Côte* le entusiasman y admiran al punto de adornarlas con todas las galas de su imaginación y de su estilo entretenido. Tratando de los pobres españoles, dice (t. III, pág. 185): «Ils obtenaient la vie si les galions qu'ils ramenaient du Nouveau Monde étaient bien chargés d'or, d'argent, de pierreries ou d'autres richesses; mais si l'espérance du vainqueur était déçue, alors malheur à eux! on les jetait impitoyablement à la mer.» No existe noticia de que los filibusteros llegaran á apoderarse de ningún galeón; sus empresas eran de otra especie, pero el autor sigue contando: «C'est ainsi que, en se gorgeant de trésors, échangeaient souvent leurs barques contre des vaisseaux, et parvenaient quelquefois à se composer des escadres.... C'est ainsi (página 416) que les Espagnols, trouvant leur perte dans l'amas même de leurs richesses, plus abrutis que les esclaves qu'ils avaient si longtemps foulés aux pieds, expiaient la conquête du Nouveau Monde si atrocement accomplie par eux; c'est ainsi que les vengeances célestes s'étendaient sur leurs fronts avilis, par la main de ces aventuriers plus braves, mais non pas plus impitoyables qu'eux.» Mr. Henry Martin no difiere: «Ils (los piratas) firent expier cruellement les crimes des conquérants de l'Amérique à leurs descendants amollis. Les Hispano-Américains fuyaient devant eux comme des troupeaux devant le lion.»

Excusado me parece transcribir las palabras de escritor precedente, de Mr. Bernard, en la *Encyclopédie Moderne*, t. xv, artículo *Filibustiers*; son muy parecidas.



renzo de Graff, holandés, llamado por los españoles *Lorencillo* á causa de su corta estatura. Miguel ó Michel el Vasco, y otros de menos renombre.

Dos piraguas de la isla de Cuba les dieron buen golpe, sorprendiendo el año 1683 la madriguera que tenían formada en Siguatay, una de las islas Lucayas, donde todo quedó arrasado; otra puso en apretura á *Lorencillo*, encontrándole en isla de Pinos en momentos en que estaba la mayor parte de su gente en tierra cortando leña; se vió en la precisión de abandonarla picando los cables. En estas operaciones se distinguieron los capitanes Gaspar Acosta y Tomás de Urubarru; pero aunque con las de su especie se restaran unos cuantos bandidos, ¡eran tantos!

Van Horn los convocó, ideando una de las empresas más osadas que jamás hubieran acometido: la de entrar en Veracruz y hacerse dueños de los almacenes del comercio de Nueva España, para lo cual se juntaron los cabos referidos con seis naves grãndes y 1.200 hombres de toda procedencia, entre los que no dejaba de haber algún criollo. Siempre contaron los piratas con inteligencias y con gente práctica de la tierra que iba á la parte en las ganancias, y que quizá medrando obedecía á otros impulsos de pasiones bajas. Sin esta ayuda interior no se explicara el éxito conseguido por los bandoleros.

Toda esta gente dicha desembarcó sigilosamente en la Veracruz vieja, á dos leguas de la plaza, en la noche del 17 de Mayo de 1683, y antes de amanecer penetró en la ciudad sorprendiendo al cuerpo de guardia en que había tres soldados, firmes hasta morir. Ningún otro intentó resistencia; desde la cama salieron los vecinos para ser encerrados en las iglesias, y como no pensaron los piratas en otra cosa que el saqueo, más de cien personas perecieron de hambre antes que llegara la hora de intimarles el rescate de la vida. El botín pasó de tres millones de reales de plata, joyas y mercaderías, sobre el cual pidieron por el rescate dicho 150.000 pesos. Estuvieron embarcando efectos hasta el 29, con toda tranquilidad, y se hicieron á la vela llevándose 1.300 esclavos



negros, á tiempo que llegaba al puerto la flota de España, que no les puso impedimento <sup>1</sup>.

La repartición de la presa ofreció, como de ordinario, mayores complicaciones que ella misma, originando un duelo entre Van Horn y Graff, de cuyas resultas murió el primero, iniciador de la jornada.

Coincidió la desgracia de Veracruz con la experimentada por la flota de Tierra-Firme y galeones de escolta, gobernados por el marqués de Brenes. Habiendo salido de Cartagena, tuvieron á pocos días temporal con que se perdió el nombrado *Teresa* sin salvarse más de cuatro hombres, recogidos de la mar por otros navíos; naufragó el *Santiago*, que apartado de la conserva arribó á la Habana, si bien de éste llegó á tierra la mayor parte de la gente; otro navio más pequeño y el patache de la escuadra zozobraron también al tratar de volver al puerto de salida, y el galeón *Gobierno*, que estuvo á punto de perecer, llegó á la Habana tan descalabrado que no pudo continuar el viaje y fué preciso trasbordar á otro los caudales. Volviendo á salir ganó sobrenombre de *Desgraciado* por las repetidas arribadas en que dos veces más se consideró perdido y por haber ocasionado tan continuados pesares la muerte de su gobernador D. Antonio de Aguirre. Por fin entró

<sup>1</sup> Relación ms. *Colección Navarrete*, t. x, núm. 33. Oexmelin detalla las atrocidades cometidas con el vecindario; fija el botín del saco en seis millones de escudos, el rescate en 200.000 más, y dice que al retirarse pasaron entre la flota, que era de 17 naves. Todo esto lo engalana Mr. Guérin, agregando que se presentó en las alturas inmediatas á la plaza un cuerpo considerable de tropa, y en el puerto una escuadra de 17 navíos procedentes de Europa, pero que, sin asombrarse los *Hermanos de la Costa*, se retiraron audaz y brillantemente pasando por medio de los navíos españoles, á los que retaron, sin que se atrevieran á dispararles un cañonazo. Algún fundamento hay en la jactancia. La flota mandada por D. Diego Zaldívar llegó á la entrada del puerto á tiempo en que las naves de los piratas estaban fondeadas en la isla de Sacrificios: pudo atacarlas, pues que se encontraba á barlovento, mas no se ocupó de ellas, consintiendo que se largaran. En el juicio de residencia alegó haberle ordenado salir de Cádiz demasiado tarde, con las naves sobrecargadas y poco marineras, por lo cual había empleado noventa y dos días en el viaje y llegaba falto de bastimentos. Admitidos los descargos, le dió el juez por libre; no así los mercaderes saqueados ni el público en general, que pensaba haber merecido que le cortaran la cabeza. Así lo asentó el marqués de Barinas en representación dirigida al Rey, de que hay copia manuscrita en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, K. 109.



en Cádiz el 25 de Abril de 1683, pudiéndose entonces hacer cuenta de pérdidas de la expedición con imponderable sentimiento de los interesados <sup>1</sup>, bastantes en número, porque corrieron la misma fortuna dos registros, los más importantes de Buenos Aires, que estuvieron casi zozobrados á la salida del río de la Plata, arribaron á Río Janeiro, y con tormentoso viaje llegaron á Cádiz el 11 de Octubre del mismo año.

Algunos encuentros ocurrieron entre bajeles de la armada de Barlovento ó de corsarios y los de los flibusteros, que generalmente escapaban, porque no era su objeto ni su oficio combatir cuando no había otra cosa que ganar que plomo ó hierro, digan lo que quieran los panegiristas. Lo que sí pareció consiguieran ellos, así lo cuenta por lo menos Oexmelin, fué la presa de dos naves mercantes holandesas en las que varios particulares habían embarcado caudal, confiando en la bandera, y por cándidos perdieron unos 250.000 escudos <sup>2</sup>.

En 1685 desembarcaron en tierras de Campeche sobre 1.000 piratas, que se internaron, con intención de dar sacamano á Mérida. Encontraron harta prevención y apuro, pues, separados de la playa, les fueron apresadas las embarcacio-

<sup>1</sup> Noticias de Alsedo en el *Aviso histórico*; las consignadas por el marqués de Barinas en la representación citada anteriormente suponen mayor pérdida. «Una flota, dice, se tragó la mar en tiempo que era virrey el marqués de Villena; siete navíos perdidos, y estos galeones donde se ahogaron más de 1.600 españoles por haber salido de Cádiz sin tiempo regular, como se vió en despacharlos á 28 de Enero de 1681, aunque pudieran escarmentar los ministros del Consejo de Indias con la pérdida de otros galeones, siendo general D. Pablo de Contreras, por la orden que le enviaron.» Presumo que al mismo naufragio de galeones del marqués de Brenes a'ude Lafuente (*Historia general de España*, t. xvii, pág. 170), en noticia copiada posteriormente por Gebhardt, March y Labores, con otros que suelen seguirle, de haber hundido una tempestad en el Océano cinco bajeles que venían de la India con 20 millones y más de 1.400 personas, sin que se pudieran salvar hombres ni dinero.

<sup>2</sup> Algunas otras capturas señala el referido marqués de Barinas, á saber: «El situado que iba á Santo Domingo el año 1673 en el raviero de Bernardo de Espejo, se lo llevaron los piratas, y era de más de 300.000 pesos. En 1682 apresó Lorenzo Corneli otro situado de 120.000 pesos, y otro tanto de particulares, en una nao de la armada de Barlovento, con el descrédito consiguiente. El mismo Lorenzo apresó la nave de registro de Honduras y su patache, que importaban 500.000 pesos.»



nes; pudieron, no obstante, retirarse los más, y volvieron en mayor número, capitaneados por Grammont, esta vez derechos á la ciudad de Campeche, que los vecinos abandonaron. En ella permanecieron dos meses, corriendo los alrededores en radio de ocho á diez leguas; y como no surtieran efecto las instigaciones para que los interesados rescataran los edificios, les pusieron fuego después de embarcar todo lo de valor.

Todavía el famoso Grammont, honrado por el Rey de Francia con títulos de su teniente, quiso despedirse de la vida de aventuras con expedición reservada, para la que salió de la isla de Santo Domingo con su navío y 180 hombres de elección. Alguna turbonada debió acabar con ellos; nada se ha sabido de su paradero.

Se trató en París por entonces de cierto proyecto que requiere antecedentes. Un D. Diego de Peñalosa, nacido en Lima, sujeto de talento, travesura y fácil palabra, de que ya se ha hecho mérito en esta obra con otros motivos <sup>1</sup>, desterrado de Nueva España por sentencia del Tribunal del Santo Oficio, se fué á Londres, y encontrando medios de introducción en el despacho de los ministros y aun en las cámaras del duque de York y del príncipe Roberto, ofreció sus conocimientos y servicios, encaminados á que el Gobierno inglés pudiera hacerse dueño de la Habana, de Panamá y de la comunicación de los mares. El Embajador de España desbarató la trama que urdía, obligándole á salir de las islas Británicas; pero trasladándose á París empezó á tejer otra nueva, logrando hacerse oír del ministro, marqués de Seignelay y que le prestaran concurso el príncipe de Conti, el cardenal d'Estrées y algunos otros personajes. Hacíase pasar por conde, adelantado, ex gobernador y capitán general de Nuevo Méjico, caballero del hábito de Calatrava y descubridor del maravilloso reino de Quivira, de cuya supuesta jornada presentaba relación y diario, compuesto con algunos datos ciertos y muchos de fantasía. Demostrando con otros papeles el

<sup>1</sup> Tomo IV, pág. 353.



conocimiento que poseía de las regiones indianas, incensando al ministro y pretendiendo ante todo hacerse súbdito «*del soberano más grande que haya existido jamás*», fué proponiendo sucesivamente, ya que el reino de Quivira no se estimaba apetecible por estar tierra adentro, la conquista y ocupación de Panuco; el establecimiento en Río Bravo; la entrada en la provincia de Nueva Vizcaya y la posesión inmediata de minas que producirían 20 á 25 millones de libras de plata al año, á todo lo cual comprometía su persona y vida sin que se le diera más que el título de jefe de la empresa, uno ó dos bajeles de guerra, y autorización para reunir en Santo Domingo, á sus órdenes, 1.200 bucaneros y filibusteros franceses <sup>1</sup>.

A punto de recaer resolución, vino á entorpecerla la llegada á Francia de Roberto Cavelier de la Salle, que, desde la región de los grandes lagos, á que había llegado por el Canadá, decía haber descendido al Golfo mejicano por ciertos ríos caudalosos, nombrados *Colbert* y *Segnelay*, á través de llanuras de que había tomado posesión por el Rey de Francia, y puéstoles por honra suya el de Luisiana <sup>2</sup>. Pedia autorización y auxilios para fundar colonia en lugar tan propicio, y ayudábanle con la opinión pública el agrado que al ministro producía la idea de ver fijo en los mapas, á perpetuidad, el nombre de su padre junto con el suyo.

Sin desanimarse Peñalosa por el contratiempo, ligó el plan de la Salle con el propio, esforzando las pruebas de ser complemento uno del otro y respondiendo á cuantas objeciones se le hacían con admirable facilidad; mas, ni aun con el argumento convincente de que á su voz acudirían, como un solo hombre, parientes, amigos y criollos de señorío en el país, tan luego publicara ser enviado del Gran Rey para librarlos de la opresión de los *gachupines*, sus enemigos y de

<sup>1</sup> De estos particulares presenté á la Real Academia de la Historia informe, que, con título de *Don Diego de Peñalosa*, se publicó en el tomo x de sus *Memorias*, acompañado de documentos.

<sup>2</sup> M. Pierre Margri, *Mémoires et documents pour servir à l'histoire des origines françaises des pays d'Outre-mer*.



ellos; ni con la seguridad dada de que sin disparar un tiro haría reconocer la autoridad de S. M. Cristianísima y la mantendría con un destacamento de 100 franceses, pudo lograr que no se aplazaran sus planes.

Los de la Salle se pusieron en ejecución en el mes de Julio de 1684, saliendo de la Rochela cuatro bajeles con pertrechos y gente. Tres de ellos se perdieron con el material completo; de los hombres, cuatro regresaron á Francia y nueve más se salvaron en Nueva España; el caudillo, muerto á manos de sus más allegados, quedó insepulto en el campo, desnudo el cuerpo, para que más fácilmente fuera pasto de las aves y de las alimañas <sup>1</sup>.

A nuestro objeto importa consignar que el general de la armada de Barlovento, D. Andrés de Ochoa y Zárate, apresó en el seno mejicano (1685) una de las fragatas francesas, por cuya tripulación se informó de la presencia en aquellos parajes de la expedición de la Rochela, así como de su objeto; y avisando luego la novedad al Virrey de Méjico, dispuso éste despachar buques ligeros que investigaran lo cierto. Salió, en consecuencia, de la Habana, en Enero de 1686, el piloto Juan Enriquez Barroso, matemático y hombre de mucha experiencia en aquellos mares, con orden de reconocer con la mayor escrupulosidad la costa del Golfo desde el cabo del Lodo hasta Apalache, que era adonde se suponía irían los bajeles enemigos. Cumplió la comisión registrando cala por cala todas las entradas de la costa; fondeando durante la noche y continuando el examen por el día con grandes trabajos, sin lograr el encuentro de lo que buscaba, y regresando á Veracruz, remitió al Virrey diario puntual de su campaña marinera y carta del reconocimiento.

Repetidas las diligencias con dos bergantines que mandaban D. Martín de Rivas y D. Pedro de Iriarte, tardaban tanto que se creyó y llegó á decirse que habian naufragado, en cuyo concepto dos fragatas, dirigidas por D. Andrés de Pes y D. Francisco Gamarra, dieron la vela, llevando como

<sup>1</sup> *Don Diego de Peñalosa*, informe citado.





práctico al piloto Luis Gómez Raposo y por cosmógrafo al catedrático de la Universidad de Méjico, D. Carlos Sigüenza. Los bergantines hallaron en la bahía de San Bernardo restos del naufragio de los franceses, en testimonio de lo cual arrancaron de la popa de uno de los bajetes tres flores de lis; extrajeron del agua cuatro piezas de artillería y otros objetos. También hallaron las fragatas á los cascos destrozados, y dieron cuenta al regreso, suponiendo que por el siniestro hubieran desistido los franceses de la expedición. Persistía, sin embargo, el rumor de estar establecidos en la costa, por lo que verificó tercera exploración el referido D. Andrés de Pes, especialmente por Movila, bocas del Mississipi y parajes contiguos, sin hallar nada. Por tierra continuó el registro el capitán Alonso de León, gobernador de la provincia de Coahuila, penetrando por la región de los Tejas (1689) con 400 arcabuceros á caballo. En las inmediaciones de la bahía de San Bernardo halló en ruinas la casa-fuerte construída por los franceses, 18 piezas de artillería y muchos pertrechos; y sabiendo por los indios que algunos expedicionarios habían quedado entre sus tribus, escribió cartas instándoles á presentarse, con seguridad de que los recibiría cual cristiano y caballero. Acudieron dos, que hicieron completa relación de ocurrencias, sin ocultar el asesinato de la Salle, y de vuelta en Nueva España, certificados de la falsedad con que les predijeron en Francia mal tratamiento si caían en manos de españoles, declararon que en diferentes naciones de salvajes quedaban todavía algunos de sus compatriotas, saliendo, en consecuencia, otras dos columnas que llegaron hasta el territorio de los Cenís y rescataron el total de los nueve franceses supervivientes. Los dos primeros trajo á España D. Andrés de Pes, á disposición del Consejo de Indias, por si quería interrogarlos, resultando del asunto y de las diligencias verificadas, en primer término, el conocimiento hidrográfico de la costa, entre Veracruz y la Florida, que imperfectamente se tenía antes; en segundo lugar, la resolución de fortificar y poblar con fuerte presidio el puerto de Panzacola, para lo que se dió comisión al mismo



D. Andrés de Pes, y así acabó el asunto de Peñalosa, olvidado en España y en Francia <sup>1</sup>.

Al paso de los sucesos referidos, ocurrían por diversos parajes algunos de entidad, cual fué el de invasión en la Española por Mr. Cussi, gobernador de las posesiones francesas, lugarteniente de Luis XIV, empeñado en extender la influencia de su nación en la isla.

En la mar se produjeron incidentes poco favorables á nuestras armas: los bajeles de la *Compañía guipuzcoana*, autorizada por el Rey para emplearlos en corso y mercancia, más atentos á lo segundo, dejáronse sorprender por el pirata Graff, ahora condecorado, lo mismo que Grammont, con el título de teniente del Rey. Dos de las goletas guardacostas fueron rendidas y apresadas por él, y una de las fragatas guipuzcoanas tuvo que embarrancar en Jaruco á fin de evitar la misma suerte (1687); pero no escaseaban los corsarios particulares, que tanto habían servido de freno á las correrías de los énemigos en el terreno ofensivo, y es digna de memoria la empresa de uno de ellos, Blas Miguel Corso, hasta por el apellido á propósito para la profesión. Atribuyendo la muerte de un su hermano á Lorenzo de Graff, trató de sorprenderle en Petit Goave, colonia francesa formada en la isla de Santo Domingo, y á ello fué en una piragua con no más de

<sup>1</sup> Barcia refiere algunos de los incidentes de la expedición en el *Ensayo cronológico de la Florida*. Muñoz insertó varios documentos en el tomo xxxviii de su colección de manuscritos, que conserva la Academia de la Historia; y de lo que atañe á la hidrografía, queda libro escrito por D. Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo de S. M., titulado *Descripción de la bahía de Santa María de Galve (antes Panzacola), de la Movila y río de la Palizada ó Misisipi, en la costa septentrional del seno Mejicano, á que fué llevado por el Excmo. Sr. D. Andrés de Pes, gobernador del Real Consejo de Indias y secretario del Despacho Universal de Marina, siendo Almirante de la escuadra de Barlovento*. Hay también en la *Colección Navarrete*, t. II, número 23, ms., *Relación enviada á S. M. por el virrey de México, de lo acaecido en la segunda entrada por tierra que hizo el capitán Alonso de León, al reconocimiento de la bahía del Espíritu Santo*. Año de 1690.

Juan Enriquez Barroso, piloto, escribió: *Diario del reconocimiento de las costas del Norte del seno mejicano y mapa de ellas*, con destino al Consejo de Indias, año 1686, y *Nuevo reconocimiento de la costa de Apalache*, remitido al virrey conde de la Monclova, en 1687. Luis Gómez Raposo, piloto mayor de la armada de Barlovento y capitán de mar y guerra, redactó también *Diario y noticia del viaje á la Florida y Apalache, el año 1687*.



80 hombres. Desembarcando durante la obscuridad, entró á degüello en la población el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1687, procediendo del mismo modo que solían hacerlo los filibusteros. Si en la retirada los hubiera también imitado, fuera el golpe de gran efecto; no lo hizo, cegado por la ira y la codicia; se entretuvo en el saco, dando tiempo á la reunión de más de 500 hombres de los lugares inmediatos, y quiso todavía hacerles frente hasta consumir las municiones, con lo que perdió 60 compañeros sin necesidad y vióse obligado á dar la vela con solos 24 <sup>1</sup>.

No poco influyó el escozor de la algarada para impulsar al gobernador Mr. de Cussi al ataque de Santiago con 150 filibusteros, 400 ginetes y más de 150 negros, ó sea un total que excedía de mil hombres. A orillas del río Yaqui les esperaron unos 500 españoles y mestizos, de los que no más de 70 tenían armas de fuego, y fueron arrollados, siguiéndose el saqueo é incendio de la villa <sup>2</sup>. De aquí el desquite determinado por el Virrey de Méjico, como sigue:

El 19 de Julio (1690) salieron de Veracruz 29 bajeles, 14 de ellos componentes de la flota de Nueva España, del cargo del conde de Villanueva: cuatro sueltos destinados á Campeche, Cartagena y Habana, y cinco fragatas de guerra que constituían la armada de Barlovento al mando de D. Jacinto López Gijón. Esta se apartó del convoy; apresó un pingue francés de 400 toneladas y 16 piezas; hizo escala en Puerto Rico, y pasó á Santo Domingo en principios de Noviembre, entendiéndose el General con el maestre de campo y gobernador D. Francisco de Segura Sandoval, que ansiaba reparar el estrago causado por los franceses en Santiago de los Caballeros. Puestos de acuerdo, determinaron trasladarse á Montecristi, y que desde allí marcharan por tierra contra el Guarico ó pueblo de Cabo Francés, el principal que tenían los enemigos, bien fortificado, 200 mosqueteros de la armada y 300 campesinos infantes armados de lanzas, y atacaran si-

<sup>1</sup> Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*.

<sup>2</sup> El mismo Sr. Pezuela, con cita de la *Histoire de Saint-Domingue* del P. Charlevoix Oexmelin pone el suceso en 1690.



multáneamente con la escuadra. El plan se modificó un tanto en Manzanillo, sabiendo por confidencias que los enemigos esperaban á los de tierra atrincherados en la sabana del Limonar, y se aumentó el contingente del ejército á expensas del de la armada. Avistáronse el 21 de Enero (1691) parapetados, en efecto, en la sabana unos 800 franceses armados de escopetas bucaneras, pistolas y sables. Los mosqueteros españoles de la escuadra iban á vanguardia en orden abierto ó manga; los infantes lanceros detrás, en escuadrón. Al estar próximos todos éstos, obedeciendo á la instrucción que llevaban, se tiraron á tierra al disparar los franceses, y oída la descarga, cargaron compactos, desbaratando el centro enemigo, con muerte de más de 250, incluso el gobernador Mr. de Cussi y su segundo Mr. Fransquenai. Los de las alas huyeron para repararse en estancia inmediata, sostenidos con una pieza de artillería de campaña; pero batidos allí de nuevo por los que desembarcaron de la armada y por los mosqueteros y lanceros, que les tomaron las espaldas, se desbandaron, abandonando armas, pertrechos y cuanto tenían. Perdieron en ambas acciones 700 hombres; se les tomó en el pueblo del Guarico y haciendas circunvecinas importante botín, muchas armas, 130 negros esclavos, á costa de 190 muertos y heridos de nuestra parte, y por complemento apresó después la armada dos bajeles de 30 y de 24 cañones que llegaban de Francia, y 10 embarcaciones de las que servían á las correías de los fibusteros, estacionadas en el puerto. Sus aguas tranquilas reflejaron entonces las llamas que dejaban igualada á la población con la de Santiago de los Caballeros, y las velas de la armada de Barlovento alejándose <sup>1</sup>.

El suceso confirma, á mi parecer, las apreciaciones que he consignado relativamente al valor real de los fibusteros,

<sup>1</sup> Relaciones impresas. *Gaceta de Madrid* de 4 de Agosto de 1691, con extracto de las comunicaciones del Virrey de Méjico y del Presidente de Santo Domingo. Dicen se componía la armada de las fragatas *Capitana*, *Almiranta*, *Concepción*, *San Nicolás* y patache *Santo Cristo*, siendo su general D. Jacinto López Gijón, almirante D. Antonio de Astirra, que lo había sido de las naos de Filipinas, y por capitán de artillería á Juan Enriquez Barroto, el matemático, á cuyos desvelos tanto era deudora la náutica americana.



puestos en las nubes por entusiastas admiradores que sin contradicción ni reparo han venido copiándose desde el siglo xvii acá. Los famosos *bucaneros* y *hermanos de la costa*, á cuya sola vista nos cuentan que temblaba toda la América española, no tuvieron ánimo para resistir en campo abierto, ni detrás de las fortificaciones de las casas, el ataque de un cuerpo inferior en número, inferior en armas, pero que llevaba sobre ellos la superioridad de la organización militar y la de la conciencia honrada. No es extraño: las hazañas de tal gentuza se realizaron generalmente en las sombras de la noche, á favor de la sorpresa y de la infidencia, de que se sirven siempre los ladrones <sup>1</sup>.

Los jefes españoles de tierra y mar; el gobernador de Santo Domingo, Segura, principalmente, incurrieron en grave error satisfaciéndose con la victoria y el despojo, en vez de perseverar después de aquélla en la persecución de los franceses dispersos, hasta arrojarlos por completo de la isla. Dejándolos, como los dejaron rehacerse, pronto repararon y aun aumentaron las fortificaciones del Guarico, encargando el gobierno de la nueva plaza al famoso Graff, á *Lorencillo*, y erigieron otros reparos en diferentes puntos de la costa, singularmente en el que denominaron Port-de-Paix, desde donde despacharon dos expediciones contra Jamaica.

Con ellas estimularon al Gobierno inglés á disponer escuadra de cinco navíos de guerra, dos de fuego y 12 de trans-

<sup>1</sup> No hay por qué disimular que los historiadores franceses dan á la toma del Guarico distinto colorido. Nuestro autor favorito, Mr. Guérin, por ejemplo, no concede que los españoles por sí solos fueran capaces de meditar la jornada. Pidieron, según dice, auxilio á los ingleses (t. iv, pág. 30), y juntando su escuadra con la del comodoro Halph Wren, desembarcaron cerca de Cabo Francés 2.600 hombres, que avanzaron hasta unirse con otros 800 procedentes de Santo Domingo, por tierra. Desgraciadamente, añade, no reinaba la mejor inteligencia entre los jefes franceses de la isla: el gobernador Cussi quería esperar el ataque detrás de las fortificaciones ó en emboscada; el segundo, Fransquenai, insistía en dar la batalla en el campo, y este dictamen prevaleció, sucediendo que 700 ú 800 franceses se encontraron enfrente de 3.000 á 4.000 enemigos; y aunque por más de hora y media tuvieron en balanza la victoria, hubieron de sucumbir haciendo proezas. Los enemigos corrieron todo el llano, quemaron el burgo y se llevaron muchas mujeres, niños y esclavos. Como era la primera vez que los españoles se vengaban de los filibusteros, se despacharon á su gusto.



porte, que, embarcando un regimiento de infantería y armas para organizar otro en las Antillas, pusiera correctivo á los filibusteros. El mando de la escuadra se confió al comodoro Roberto Wilmot, y el de la tropa de desembarco al coronel Luke Lillingston, encargándoles expresamente la armonía entre si y con las autoridades españolas si concurrían al objeto de interés común, como lo hicieron. A los navíos ingleses se unieron los de la armada de Barlovento, á cargo de D. Francisco Cortés, y á la infantería 1.700 hombres, los más lanceros de Santo Domingo, gobernados por D. Gil Correoso.

Hechos los preparativos en Montecristi y Manzanillo durante el mes de Marzo de 1695, partió la armada, habiéndose conferido el mando superior al comodoro Wilmot por mutuo acuerdo, y se presentó ante los fuertes de Cabo Francés ó Guarico, después de desembarcar la infantería en playa distante unas 16 millas, que los soldados tuvieron que andar con mucha fatiga; pero Lorenzo de Graff, el bravo filibustero, no esperó á que llegaran, ni tampoco á que los cañones de los navíos probaran la resistencia de los muros recientemente levantados: los abandonó de noche seguido de sus camaradas, que en el desorden de la carrera gritaban: *lanciers! lanciers!*, creyendo sentir en las espaldas las picas de los dominicanos.

De Guarico pasaron los aliados á Port-de-Paix, donde encontraron resistencia, siéndoles necesario establecer sitio en regla, durante el que se vino encima el mes de Julio, y con la fuerza del calor y el trabajo de trinchera se cebaron las enfermedades en los soldados ingleses; sin embargo, prosiguieron los ataques hasta abrir brecha practicable, momento en que los franceses evacuaron el fuerte, retirándose hacia el interior de la isla perseguidos por los vencedores.

El pueblo nuevo y los fuertes se arrasaron, lo mismo que en Guarico, reembarcando seguidamente los aliados por no estimar prudente la continuación de la campaña teniendo tantos enfermos. Esta fué, al menos, la razón alegada en el Consejo de guerra y la que oficialmente se sentó en los documentos



para disimular la repetición de la falta grave cometida al no acabar con la ocupación de los franceses, pocos ya, fugitivos, sin reparo ni defensa contra los aguerridos campesinos de Santo Domingo. En realidad motivó la retirada el comodoro Wilmot, desavenido con los jefes ingleses y españoles; de unos y otros duramente censurado por no haberse conducido como era de esperar de un general de la marina real inglesa y aun de un simple caballero <sup>1</sup>.

La opinión en Francia no elogió tampoco á la bizarría ni á la habilidad de sus caudillos, sobre todo del famoso Graff, que había abandonado á los españoles más de 400 prisioneros, entre ellos á su misma esposa y á sus hijos <sup>2</sup>.

Por las cuentas que hicieron los aliados antes de separarse, se tomaron y distribuyeron entre ellos 140 cañones, cantidad proporcionada de municiones y pertrechos de guerra, muchas armas portátiles, 900 prisioneros franceses y 1.000 esclavos negros, no haciéndose mención de valores, calculados en 200.000 libras esterlinas <sup>3</sup>. Los ingleses tuvieron sobre 400 bajas, en mayor parte por enfermedades; los españoles no contaron más de 40 muertos, por estar toda su gente aclimatada, y en 600 se estimaron los del enemigo <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Campbell, historiador que tuvo á la vista los documentos de la época, critica sin reparo el proceder de Wilmot, haciéndole responsable de no haber alcanzado mayores frutos la expedición combinada. En lo tocante á su desvelo, dice que sin la humanidad del Almirante español, hubieran perecido los enfermos ingleses. «If the Spanish admiral out of pure humanity had not left some transports to take in our sick men, they must have been lest to perish, for commodore Wilmot had something else in his head than to take care of invalids.» En otros conceptos expresa que, habiendo muerto en la mar durante el viaje de vuelta, se descubrió había embarcado como de su pertenencia 16.000 libras esterlinas procedentes de la presa general.

<sup>2</sup> Mr. Guérin se vió en la precisión de reconocerlo; y aunque describe una retirada heroica de los de Port-de-Paix y alaba á ciertos capitanes muertos en la refriega, acaba diciendo: «Ducasse, qui avait été si mal servi par ses deux principaux lieutenants....., demanda qu'on instruisit le procès de Laurent de Graff et de La Boulaye. Ces deux conséquemment furent mandés en France. La Boulaye fut renvoyé du service; Laurent de Graff perdit aussi son commandement à Saint-Domingue; mais comme Ducasse avait été le premier à reconnaître que cet ancien flibustier serait d'aussi bon office sur mer qu'il était de mauvais emploi sur terre, on le nomma capitaine de frégate légère.»

<sup>3</sup> Campbell.

<sup>4</sup> Relación impresa en Madrid.



Concluída la jornada á fines de Julio, escribió Mr. Ducasse á los Gobernadores de la Habana y de Santo Domingo proponiendo canje y buen trato recíproco de los prisioneros, considerándolos á todos, sin distinción, como beligerantes de naciones cultas. La respuesta fué dada con seguridades de no padecer los franceses prisioneros más trabajos que los inherentes á la pérdida de la libertad, y de que sólo habían muerto en el suplicio los que resultaron convencidos de haber sido piratas, según lo ordenado en pragmáticas á todos los gobernadores de Indias <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Pezuela, con cita de los documentos existentes en el Archivo de Indias.